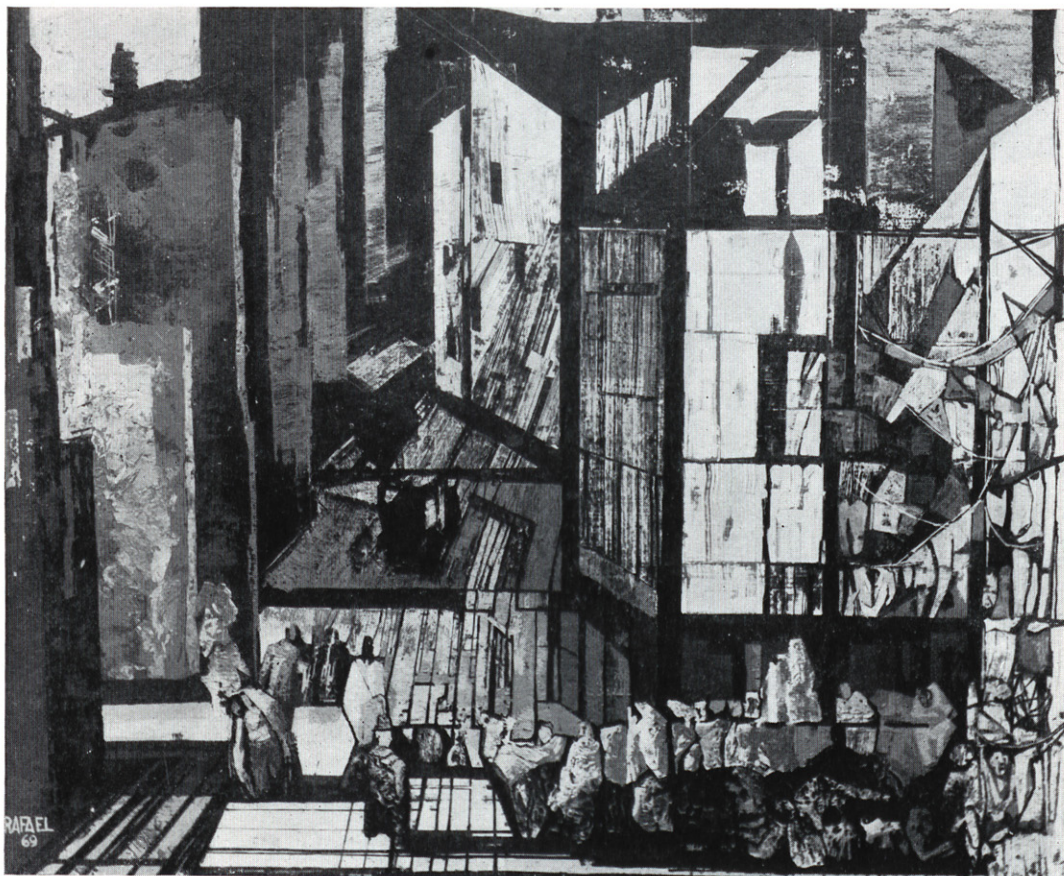


LA PINTURA DEL ARQUITECTO
RAFAEL ABURTO O CUANDO
EL ARTE ES PASION, NO OFICIO

MADRID.



Le Corbusier fue un ejemplo. Ejemplo de cómo un artista, un pintor, se pudo convertir en uno de los más grandes arquitectos de todos los tiempos. Hay otros ejemplos más en el mismo sentido, pero ya no es tan frecuente que un arquitecto experimentado, en activo desde hace bastantes años (más de veinticinco), se convierta en pintor.

Se puede pintar por muchas motivaciones: por afición, por oficio, por entretenimiento, como medio de ganarse el sustento, por esnobismo, etc. En la hora de las valoraciones importantes, la única pintura que cuenta es la que está realizada con pasión, con entrega absoluta, sea cual sea la técnica y la temática empleadas y elegidas.

Rafael Aburto es ese arquitecto con más de un cuarto de siglo de vida profesional que ahora es pintor. Pintor por pasión. La cosa comenzó hace ahora unos ocho años, y es el mismo Rafael Aburto el que nos suministra los detalles:

—Todo empezó el día en que por necesidades de amistad tuve que pintar un cuadro para regalárselo a un amigo. El resultado fue que todos en mi familia me aconsejaron lo mismo: que no lo regalase. Y no porque estuviera mal la pintura, sino por todo lo contrario. Aquella primera experiencia fue como una revelación, hasta tal punto que hoy la pintura es el móvil principal de mi vida.

Rafael Aburto sintió la llamada de la vocación. Una vocación

COGIDA.

COGIDO.





tardía, tal vez, pero no por ello menos absorbente y menos dominante. En estos ocho años transcurridos, Rafael Aburto ha pintado febrilmente, ansiosamente, como para recuperar el tiempo perdido o empleado en otros menesteres. Ahora, Aburto ha realizado su primera exposición, en la Galería Macarrón, de Madrid, y ha vendido sus primeros cuadros. Es un principiante de la pintura que inicia su carrera acompañado del éxito. Mas no es lo mismo hacer la primera exposición a los veinte años que pasados los cincuenta: la reflexión de la madurez obliga a mucho.

—Me siento lleno de ideas pictóricas; cada problema de la pintura me lleva a otro y a nuevos descubrimientos. Encuentro caminos insospechados y no puedo descansar ni un momento para adentrarme por ellos.

Es apasionante y conmovedor este espectáculo de un hombre que descubre de pronto el verdadero resorte de su vida creativa. Rafael Aburto es vasco en todas sus reacciones, y tiñe de cierta socarronería el relato de sus actuales peripecias pictóricas. Pero se le adivina cómo tiembla por dentro, cómo está dominado por ese fuego sagrado, ese estímulo interior que impulsa a todo artista y lo llena de coraje y de facilidad para realizar aquello que ha encontrado dentro de sí como un feliz hallazgo. Cuando Paul Gauguin descubrió, pasados sus treinta y tantos años, que la verdadera razón de su vida era la pintura, no la Banca, no debería estar menos excitado y menos desconcertado de lo que hoy está Rafael Aburto. Pinta en la madrugada, hasta las tres o las cuatro de la mañana. Se recluye en su molino de agua de las estribaciones del Guadarrama y allí pinta sábados y domingos y en toda ocasión que se lo permita. La pintura se ha convertido en el factor dominante de su existencia, y, por tanto, podría decir también aquello que escribía su antecesor Gauguin: "Los momentos de duda, los resultados siempre inferiores a lo que soñamos y lo poco que nos alientan los otros, todo esto contribuye a nuestro desconsuelo. Y bien, después de todo, qué vamos a hacer sino sufrir y contar con todas estas dificultades para seguir diciendo todavía, incluso derribados: Siempre, siempre. En el fondo, la pintura es como el hombre, mortal, pero viva, siempre luchando con la materia."

Una de las facetas más curiosas del caso Rafael Aburto es que en su labor pictórica no ha pasado por fases previas de tanteo e indecisión. Ha surgido a la pintura sin vacilaciones, con una maestría innata y con personalidad acusada. Son ventajas de su vocación tardía, de su madurez mental asentada. Al adolescente se le pueden disculpar las vacilaciones y las equivocaciones; al hombre maduro, menos. Y esa maestría de la pintura de Rafael Aburto no ha tenido más maestro ni más mentor que el propio interesado. Su pintura expuesta ahora está inscrita en un figurativismo expresionista de trazo rotundo y gama de color muy sobria; tan sobria que se circunscribe al blanco, al negro y a toda la gama posible de los grises.

Decimos su pintura expuesta ahora porque, según Aburto nos informa, no toda su labor pictórica tiene la misma apoyatura en la figuración. Experimenta también con técnicas informalistas que quiere dar a conocer lo más rápidamente posible, pues ahora siente la urgencia de la comunicación con el público.

—Todos me dicen que no se debe hacer más de una exposición por año, pero si lo que expongo en una no tiene nada que ver con lo que he expuesto en la anterior, es como si expusiesen dos artistas diferentes, aunque tengan el mismo nombre y sean la misma persona.

Ya se sabe que es difícil convencer a un hombre dominado por la pasión, y más si esa pasión se produce justo en la edad en la que habitualmente a los otros hombres se le calman las pasiones. Entonces esa pasión adquiere un patético dramatismo que la hace más fulgurante y más amenazadora. Rafael Aburto es uno de estos hombres, y él lo sabe, tiene prisa, necesidad de pintar todo lo que le bulle dentro y de darlo a conocer, de comunicarlo a los demás.

—Uno pinta para comunicarse, pero comunicarse viene de comunidad, aunque naturalmente esta comunidad tenga que ser restringida al no poder comunicarnos con toda la comunidad. En todos los actos y acciones de nuestra vida estamos realizando constantemente una discriminación de mentalidades, pero yo prefiero a un nivel de mentalidad muy elevada hablar a más. Hay pintores que siguen un proceso cualitativo, Tapiés, por ejemplo, que dirige su obra a unos muy pocos capaces de valorarla. Yo prefiero el proceso cuantitativo, dirigirme a más. La exquisitez intimista no me satisface por muchas razones; yo no busco, como otros pintores, una emoción antiestética, yo necesito bastante carga literaria.

Rafael Aburto sabe lo que hace y lo que quiere hacer. Y se ha puesto a conseguirlo con el tesón que es proverbial entre los hombres de su tierra natal. Con el tesón y con la impaciencia de quien piensa que está llegando tarde a la cita. En realidad, Rafael Aburto es una víctima más de la ceguera familiar de las familias burguesas españolas, de la que tantos ejemplos hemos expuesto en estas páginas de arte. El niño nace con indudables aficiones y predisposiciones para el dibujo y para la creación pictórica. ¿Qué debe estudiar para que esté perfectamente ensamblado en un entorno de cierta significación social? Se decide que arquitecto, y el muchacho va aprobando sus cursos y realiza una labor profesional estimable después. Pero un día, casi casualmente, aquella vocación no cuidada, no puesta en el lugar que debería haber figurado, irrumpe con toda la fuerza de lo que ha sido estúpidamente soterrado y desborda todas las previsiones y todas las prevenciones. Personalmente nos alegramos de que así suceda a veces y felicitamos a Rafael Aburto de que sea uno de esos elegidos. Su camino como pintor, de aquí en adelante, no va a ser ni cómodo ni fácil, pero ¿es que acaso la comodidad y la facilidad son cualidades importantes? Lo importante es sentirse llamado a realizar algo y poder realizarlo cuando sea, antes o después. Y realizarlo lo mejor posible. Brindo aquí a Rafael Aburto unas palabras de un gran pintor norteamericano, Franz Kline, que dicen así: "Si se es pintor no se está solo. No es posible estar solo. Se piensa, se preocupa uno y se está unido a las personas que tienen los mismos sentimientos, incluso los jóvenes que todavía no se dan cuenta de esto. No se pinta como alguien, que ha observado vuestra vida, crea que se debe pintar. Se pinta, en cambio, para poder dar a veces la propia vida; y también si la obra le parece

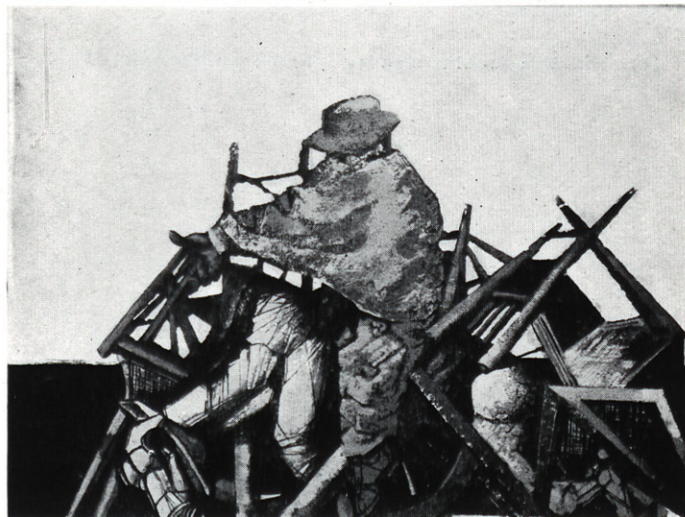
TRAMPA.



JAULA.



VENCIDO.



OCASO.



a alguien como el producto del conocer, no se trata efectivamente del conocer: se trata sólo del dar" (1).

Las anteriores palabras transcritas podrían completarse con otras no menos reveladoras ni menos apropiadas para la personal circunstancia de Rafael Aburto. Son las del pintor inglés contemporáneo Alan Davie: "La pintura me ha enseñado mucho, sobre todo que es imposible pintar un cuadro, pero sí debe ser creado, es preciso que esto suceda a pesar de mí mismo más que en razón de mí mismo. Sin embargo, sólo a través del "yo" (es decir, el individuo), el espíritu informe puede hallar sustancia. El trabajo, si se realiza, será una revelación de algo hasta entonces oculto. El artista debe ser un poeta, es decir, expresar lo que está lleno de significado en un sentido infinito y que no proviene de la razón o del conocimiento del pasado, sino del eterno "presente", que es siempre nuevo y maravilloso. Pinto porque no tengo nada o porque tengo una infinidad de ideas sobre la pintura. A veces, en cambio, pinto con la esperanza de poder una vez más superar mi capacidad."

Revelación de algo hasta entonces oculto. El artista debe ser un poeta. Son estas dos frases las que destacamos para Aburto, porque, en efecto, su pintura ha sido la revelación de su capacidad pictórica ocultada hasta hace pocos años. Y de que el artista debe ser poeta (cualquiera que sea la faceta del arte que prefiera cultivar) nos lo demuestra cumplidamente Rafael Aburto en unas líneas que nos ha enviado personalmente referidas a uno de los temas más tratados en su primera exposición pictórica: el de las sillas amontonadas. Aburto escribe un verdadero poema con ese comentario, y como tal quiero destacarlo, como final de estas líneas mías, estructurando las suyas como poema.

(1) "The New American Painting". The Museum of Modern Art, New York, 1959.

"El conflicto de las sillas que se repite
afectando siempre al mismo individuo
en principio no gregario,
pero que alude a un lugar común,
donde algunos más se identifiquen fácilmente.
¿Cómo empezaría el juego?, que ya resulta fatal.
Muchos principios posibles para un solo fin cierto.
Los principios pueden alterar los comentarios,
pero al final será siempre el mismo.
Es un ser en potencia.
Su empeño es un plano horizontal,
sin progreso ni regreso, determinan un punto,
en un ficticio sistema cartesiano.
¿Es el despertar humano acompañado todavía
por el bagaje onírico de su vigilia?
Más bien el enredo con su atuendo-circunstancia
que es ya la máquina que le consume.
También ciertamente: que cabalga, pero sin ladridos.
Está "dentro", cuando nadie gime fuera:
Es propietario celoso..., sin competencia visible.
Tiene actividad y un destino,
cuando le rodea un horizonte sin meta.
Profesa con sospechada fe y orgullo,
cuando implica su próxima mala suerte.
Se muestra confesional,
cuando nadie le escucha, juzga ni discute.
En fin, la puerta parece abierta
cuando todo le retiene,
y no precisamente la física del cuadro
como escenario que es."

CIEGOS.



FLORERO.

